

Metáforas corpóreas en una república sacrificial

Bodily Metaphors in a Sacrificial Republic

DOI: 10.62174/racp.11312

Camila Arbuét Osuna*

Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER)
Argentina

Fecha de recepción: 03-02-2026

Fecha de aceptación: 13-04-2026

Resumen

Este artículo rastrea y analiza metáforas corpóreas—sobre tragar, escuchar y mirar— que registran los sentidos comunes sobre el deterioro político y que atraviesan el pensamiento republicano como imágenes conceptuales recurrentes. Se trata de metáforas que se cuelan en expresiones, dichos y refranes que utilizamos cotidianamente, que son parte de la política nacional y que, a su vez, se vinculan con formas históricas de asimilación y/o acostumbamiento a políticas autoritarias. El texto analiza la reincidencia y la transformación de estas metáforas en la actualidad, así como su capacidad para triturar lo acontecimental mediante lógicas sacrificiales. Finalmente, cada apartado rescata las fisuras que habitan en estas estructuras de la lengua y que distintas resistencias han intentado activar en defensa de la cosa pública.

Palabras clave: Metáforas corporales; Sacrificio; Acostumbramiento; República; Política nacional.

Abstract

This article traces and analyses bodily metaphors — about swallowing, listening and looking— that record common perceptions of political deterioration and run through republican thought as recurring conceptual images. These metaphors creep into expressions, sayings, and proverbs that we use every day, are part of national politics, and are linked to historical forms of assimilation and/or habituation to authoritarian policies. The text analyses the recurrence and transformation of these metaphors today, as well as their capacity to crush events through sacrificial logic. Finally, each section highlights the cracks that exist in these linguistic structures and that various resistance movements have attempted to activate in defence of the res-publica.

Keywords: Body Metaphors; Sacrifice; Habituation; Republic; National Politics.

* <https://orcid.org/0000-0001-6834-6487>. Correo electrónico de contacto: camila.arbuet@uner.edu.ar

I. Metáforas corpóreas y acostumbramiento

En este artículo analizaré el acostumbramiento político a la violencia autocrática, como un conjunto de prácticas cotidianas que se sedimentan en nuestras habituales metáforas corporales sobre el ingerir, el escuchar y el ver¹. Dichas metáforas han atravesado el pensamiento republicano y han quedado grabadas como expresiones del sentido común nacional.

La república tempranamente fue un organismo vivo cuya salud endeble debía ser vigilada y asegurada —como leemos en los diálogos platónicos—; un cuerpo femenino noble, guerrero y virginal; “una familia de hermanos, igualmente querida y protegida por una madre común” —que para los franceses será la Marianne, la Libertad, “la memoria de la república” (Hunt, 2008, p. 115)—; una máquina institucional perfecta o descompuesta —si leemos textos del periodo de Weimar (Weitz, 2019)—; una peligrosa hidra o un bazar libertino —si la república era democrática y el observador conservador—. Pero, además de esas grandes metáforas que contraponen las conocidas referencias a médicos, pilotos y pastores, en la teoría política el republicanismo, como veremos aquí, también propició representaciones micro sobre las prácticas corporales que hacen al quehacer republicano y sus sublevaciones, sus modos de decir no o de registrar la dolorosa normalización de situaciones escandalosas. Esas “estructuras cognitivo-conceptuales” (Domènech, 2013) tienen su propia historia política y son registros valiosos de percepción de la desintegración de lo común, así como de su posible regeneración.

Conocemos comparando y traduciendo a un juego de diferencias y similitudes textos, lenguajes y escenas. En política, los momentos de oprobio suelen ser cotejados con otros que concebimos parecidos y las metáforas que usamos cotidianamente propician la síntesis de esa percepción. El mileísmo, desde su emergencia, ha sido comparado con el macrismo —del que heredó muchos funcionarios—, con el menemato —del que reconoce logros— e incluso con la dictadura —de la que extrae sus manías antidemocráticas y parte de sus políticas económicas—². Inscripto en una secuencia internacional de consolidación de las extre-

¹ También, seguramente, lo que olemos y lo que tocamos. Esa ampliación sensorial, trastocada por la experiencia esterilizante de la pandemia y por la vuelta de las metáforas del asco olfativo vinculado a la pobreza y la indigencia, excede este artículo.

² Por supuesto, que las diferencias entre estos tres gobiernos son importantes y suelen ser señaladas en los análisis de los procesos de reciclaje y transformación de las derechas argentinas (Semán, 2023; Morresi, 2023). Aquí nos interesan particularmente las continuidades en la normalización de escenas políticas que deberían

mas derechas, el mileísmo también ha sido cotejado con regímenes autocráticos del resto de Occidente y a su vez, como lo han sido éstos, con el caldo de cultivo de los fascismos de la primera mitad del siglo XX. En muy pocos casos la comparación arroja analogías plenas, aunque las alarmas se encienden ante los peligrosos aires de familia que trazan una continuidad entre “el ascenso de formaciones políticas autoritarias del nacionalismo blanco” y las “tres décadas de ataques neoliberales a la democracia, la igualdad y la sociedad” (Brown, 2020, p. 24) en distintos puntos de Occidente. Frente a los numerosos modos de nombrar este ascenso y consolidación de las derechas reaccionarias (Brown, 2021) que dan forma al neoliberalismo punitivo contemporáneo (Davies 2016), he decidido quedarme con las de autoritarismo anti-democrático (Brown, 2020) y autocracia (Gessen, 2020) puesto que enfatizan en el socavamiento del carácter democrático y/o popular del republicanismo (Rinesi, 2021) —a la vez que, en sus apuestas más recientes, expresan modos reaccionarios y conservadores³ de lo plebeyo—.

Por otra parte, en el mismo movimiento interpretativo que busca similitudes, nos seduce la tentación de nuestra excepcionalidad histórica, de elementos que no estaban antes o no así, de expresiones que acentúan, virtualizan y modulan las particularidades de nuestro tiempo y lugar frente a otras experiencias de autoritarismo antidemocrático que se desarrollan en marcos de tambaleante institucionalismo republicano (Forti, 2024). Bajo este marco, la pregunta por el acostumbramiento a la virulencia de esos regímenes tan distintos ha sido recurrente y bordea, como una zona gris, la incomodidad de los —a veces— inconfesables consentimientos tácitos y explícitos a formas de represión, abandono y exterminio de porciones de la población. Cuando esa incómoda pregunta decide volverse aún más fastidiosa,

susitar escándalo —y las consustanciales formas de privatización del sufrimiento— como el uso recurrente del aparato represivo, la criminalización de la protesta, la vulneración de las garantías constitucionales y el desgase del Estado; continuidades que están a su vez tensadas por una mutación radical de las estrategias gubernamentales para producir esa normalidad.

³ Como han mostrado muchxs teóricxs, programas conservadores pueden convivir muy bien con radicales reivindicaciones reaccionarias que argumentalmente parecen estar en la vereda de enfrente. Hay quienes han descripto este sistema paradójico como parte de la fortaleza de estas extremas derechas, hay quienes han mostrado fácticamente como la discusión teórica (por ejemplo entre globalistas y antiglobalistas) se termina por zanjar finalmente con las necesidades —financieras, electorales o políticas— coyunturales del gobierno de turno. En cualquier caso, a pesar de que la renovación de las extremas derechas internacionales deba mucho a la superación del conservadurismo de los partidos tradicionales, esto no supone la ausencia de complementariedad permanente entre un elemento y otro.

la comparación se amplía, puesto que difícilmente hábitos tan enquistados como para generar costumbre se alimenten sólo de los acontecimientos políticos nefastos en los que identificamos una acelerada pedagogía de la crueldad. Entonces, encontramos la maceración de ese acostumbramiento en procesos más largos, en los llamados a no hacer olas de los gobiernos que se reivindicaron como progresistas, en los gestos de desobediencia que fuimos perdiendo en las negociaciones y en todas esas micro-adaptaciones en las que la indignación desgastó su capacidad de respuesta colectiva, privatizándose, domesticándose y ajustándose a las necesidades del ambiente⁴.

Ante estos escenarios ominosos, muchxs autorxs se han preguntado por el momento en el que un grupo enorme de personas decidió dejar pasar, o miró para otro lado, o se enojó brevemente y cambió de canal. En otras palabras, por el momento en el que el escándalo dejó de causar sorpresa. El momento en el que la piel “dura”, “curtida”, “de amianto” se convirtió en un valor social necesario para la subsistencia cotidiana y se enfrentó a las feminizadas “generaciones de cristal” y a las susceptibilidades molestas de la “piel fina”⁵. A través de los dichos y las expresiones metaforizadas que refieren al cuerpo y sus procesos se pueden observar, como instantáneas, algunas de las particularidades que adoptó ese pasaje. Intentaremos exponer mediante ellas cómo algo del común de la cosa pública —que depende de la apertura y despliegue perceptivos del cuerpo en tanto cuerpo social— se sacrifica⁶

⁴ Recientemente Cecilia Abdo Ferez (2025) escribió en su libro sobre las derivas de la libertad autoritaria en Argentina, cómo muchas reivindicaciones populares fueron acalladas por gobiernos progresistas durante la pandemia del COVID para mantener a raya la posibilidad de quiebres internos. “Hubo incluso esas demandas progresistas en la Argentina, tímidamente expresadas en el tiempo de un gobierno —el de Alberto Fernández y Cristina Kirchner—, que entendía siempre que cualquier expresión de ese tipo era una especie de afrenta que debía decirse por lo bajo, para no debilitarlo más, y logró así una desafección masiva de sus bases y un interinismo explícito” (Abdo Ferez, 2025, p. 49).

⁵ Lejos de ser una particularidad exótica de nuestro tiempo, esta metáfora rescata viejos prejuicios con los que se aborda el descalce generacional a través de la incompreensión y el desprecio.

⁶ Los análisis sobre el lugar del sacrificio en la política son cuantiosos, baste aquí citar con referencia al clásico texto René Girard, *El sacrificio* (2008), en que el filósofo analiza la lógica sustitutoria que es la base de este dispositivo, donde un inocente paga por un culpable y se constituye en chivo expiatorio. Esa estructura, sin embargo, ha permitido muchos corrimientos y resignificaciones. Anne Duffurmantelle (2022) ha indagado, por ejemplo, en el lugar de las mujeres como recurrentes piezas sacrificiales y ha interpretado el sacrificio como un acto de desobediencia en situaciones extremadamente opresivas. Asimismo, desde hace ya varias décadas, la teoría del sacrificio ha sido retomada para abordar los discursos neoliberales que promueven el ajuste (Hall, 2018), prometen futuros mejores después de un tiempo en el valle de lágrimas (Berlant, 2020) y justifican el descarte de porciones enteras de la población, como chivos expiatorios necesarios. Cecilia Abdo Ferez (2025) aplica este uso al pensar al mileísmo, como experimento sacrificial donde “hay que transformar el régimen de la experiencia para anular la sensibilidad: no sólo la sensibilidad respecto del empeoramiento de las propias condiciones de vida, sino la sensibilidad respecto a las condiciones de vida de los demás” (Abdo Ferez, 2025, p.

para adaptarse al ambiente que nos exige esta república actual... que crece estallando la sinergia entre sus partes y deja las cáscaras institucionales para aumentar el eco de su destrucción.

II. Golpe estomacal

Tragar: Hacer movimientos voluntarios o involuntarios de tal modo que algo pase de la boca hacia el estómago. / Dicho de la tierra o de las aguas: Abismar lo que está en su superficie. / Comer vorazmente. / Dar fácilmente crédito a las cosas, aunque sean inverosímiles. / Soportar o disimular algo muy desagradable (RAE, 2026).

El teórico de la servidumbre voluntaria, Étienne de La Boétie, en su intento por dilucidar los motivos de la tendencia —a sus ojos tan “contranatura”— de la humanidad de olvidar la libertad para someterse a los designios de un tirano, colocó a la costumbre como una de las posibles explicaciones. La costumbre es graficada por La Boétie (1980) como el acto de enseñarnos a tragar, “como se dice de Mitrídates, que se acostumbró a tomar veneno, para enseñarnos a tragar y no encontrar amargo el veneno de la servidumbre” (p. 68) y agrega, que las personas “se adaptan al hábito que el alimento produce”. La costumbre servil aparece como una dieta tóxica, cuya práctica sistemática es tan importante como la composición de lo ingerido: un aprendizaje a fuerza de dosis y disciplina. La metáfora no ha dejado de resonar en nuestro lenguaje político desde los “tragos amargos” hasta “tragar sapos”, como gesto estoico pero también —cuando el dispositivo tiene éxito— involuntario de ingerir sin miramientos: deglutir sin masticar, sin pensar. Al final de la dieta están quizás, las promesas de inmunidad y fortaleza, o tal vez las de pertenencia y permanencia. En cualquier caso, las ingestas impúdicas se han presentado durante mucho tiempo como dietas de campeones, patriotas y realistas. Una técnica que tiene como límite superior el fervor de lxs fanáticos, que pueden hacer del acto heroico del tragado una ofrenda nacional y como límite inferior la deglución de aquellxs que tragan empujadxs por diferentes impulsos de supervivencia, a veces a regañadientes, a veces con placer, a veces con escepticismo y, en muchos casos, automáticamente.

152). Es este sentido de lo sacrificial, hecho política de gobierno y modo de desafectación, el que nos interesa aquí.

En los bordes porosos de estos límites, un grupo de personas parece resistirse a abrir la boca. La Boétie creía que era un grupo pequeño e ilustrado de hombres, presentes en todos los tiempos, quienes se resisten a esta dieta, porque estaban acostumbrados a “saborar” la libertad. Hobbes, en cambio, pensaba que se trataba de un conjunto nada despreciable de necios, *fools* y ateos que podrían hacer tambalear el orden. Posiblemente siempre haya habido un poco de todo en ese grupo ecléctico y heterogéneo de personas —mucho más abultado de lo que imaginaba La Boétie—, que son alcanzadxs por la disfagia política, ya sea por convicción, asco, remordimiento, suspicacia, prejuicio o por no saber exactamente “con qué se comen” ciertas cosas. “No lo puedo tragar” es en nuestra jerga nacional un signo de disgusto y una marca de incredulidad y borde del pacto político.

A lo largo de los siglos que nos separan del Discurso del filósofo de Bordeaux, las estrategias de disuasión gubernamental ante esta negativa han sido muy distintas, con diferentes combinaciones de persuasión y fuerza. En la última década del siglo XXI, las ultraderechas han innovado y las técnicas de envenenamiento homeopático han virado al shock, las antiguas hipodérmicas se han descartado por excesivamente sutiles, y se han abierto exploraciones siniestras de formas de ingerir diariamente dosis colosales de violencia, crueldad, humillación y prepotencia. Tragamos y nuestro estómago procesa para no morir⁷. La metáfora de fortaleza “tener estómago” se convierte en el anverso de la “piel galvanizada” exterior; nuestra sensibilidad se torna callosa mientras rezamos un cansado y profético “ya nada nos sorprende”. Las noticias nefastas, radicales, descabelladas, todas preocupantes, todas inminentes, se amontonan diariamente en editoriales y notas de periodistas que no dan abasto, en el ánimo de organizaciones sociales extenuadas, en el estómago convulso de quienes se resisten a acostumbrarse. “Me voy a ganar una úlcera”, sopesa quien insiste en la indignación, la rabia, el odio y el resentimiento ante las reiteradas injusticias. Si las comidas arruinadas por los desplantes de las feministas obstinadas que no quieren tragar tienen una larga historia, como nos enseñó Sara Ahmed (2025), ¿cuáles serán las historias de nuestras indigestiones políticas en estos tiempos de atracones y hambrunas?

⁷ Aunque en ciertas ocasiones ingerir comida puede hacer colapsar un cuerpo, como en los numerosos casos en que las huelgas de hambre —medida dilecta de la desobediencia civil pacífica— fueron interrumpidas por ingestas forzadas, que tuvieron que saber combinar su carácter virulento con la paciencia homeopática para que lxs desobedientes no muriesen en el proceso de ser alimentadxs.

Difícil que en ese vínculo entre estómago y política, no vengan a la mente las imágenes de las bacanales regias y las revoluciones de la miseria⁸. También, mucho más acá espacio-temporalmente, es difícil no revisitar las descripciones culinarias de la pizza con champagne menemista o del grupo sushi aliancista, con su aplicación de “recetas” políticas en las que las ollas populares se contrapunteaban con los atracones de los nuevos ricos. En una novela icónica de los noventa argentinos, Carlos Gamerro describió con cínica agudeza ese atracón de la nueva clase dominante, conminada por sus nuevos consumos y círculos sociales a comer platos *gourmet*, envilecida por la impostura de su snobismo y atravesada por los cuerpos medidos de la farandulización de la política. En *Las Islas*, el hijo de un magnate a lo Donald Trump, le confiesa al protagonista:

A veces volvía a mi casa, luego de un almuerzo de negocios, o peor aún, de una *cena íntima* con amigos, después de haber comido *educadamente*, como si fuera posible destrozar con los dientes *educadamente*, digerir *educadamente*, convertir asquerosos animales muertos y plantas en mierda *educadamente*; volvía de tragar con un nudo en la garganta un plato distinguido en un restaurante *distinguido*, de conversar *cortésmente* con comensales *distinguidos* y me encerraba en la cocina a comer harina a manotones, directamente del paquete, harina, ahogándome en el polvo que se me metía en la nariz y los pulmones, dando arcadas hasta que conseguía volverlo engrudo y tragarlo y recién ahí —recién ahí— lograba sentir algo parecido al placer de la comida. (Gamerro, 1998, pp. 161-162)

Como expone la crudeza del fragmento, la novela está lejos de la conmiseración por “la tristeza de los niños ricos” —que inmortalizó Carlos Menem en su primera campaña presidencial, como contracara del “hambre de los niños pobres”— pero sí parece obsesionada por captar, a base de instantáneas extremas, las características de una dieta política frenética. Y, por eso mismo, tendiente a cultivar respuestas radicales en cuerpos que se resisten a tragar o a digerir, a la vez que están hiperestimulados para encajar en patrones corporales imposibles, tal es el caso de experiencias como la bulimia y la anorexia, esta última tan mediatizada en y por el menemato y que, como ha escrito Emiliano Exposto (2024), “oscila entre la

⁸ Desde los supuestos dichos de María Antonieta en las vísperas de la revolución —tan improbables como comprobable es la campaña misógina de los revolucionarios— hasta la bacanal organizada por los zares en el domingo sangriento de 1905.

inadecuación y la sobreadaptación” (p. 14). A pesar de las muchas reminiscencias con los noventa y, justamente porque ya han pasado tres décadas de reciclaje de nombres propios en las clases dominantes, podemos decir que ellxs han aprendido a devorar sin indigestarse y a montar fiestas de venganza sin tener que fingir *educadamente* nada —como el asado en Olivos posteado por el vocero presidencial, tras vetar un aumento mísero a las jubilaciones—. Esta característica desembozada del privilegio de humillar y de la invitación explícita a sumarse a la humillación, acentúa y complejiza la sensación política noventista por la que toda mostración de poder rebosa en obscenidad y todo logro social tiene sabor a poco.

Hace quince años Naomi Klein (2008) acuñó la categoría de “doctrina del shock” para explicar este giro. Estudiando los procesos de acelerada reforma política, post tsunami en Sri Lanka y post huracán en Nueva Orleans, Klein observó cómo se aplicó la máxima de Milton Friedman en ambos lugares —en el segundo caso, de hecho, la promocionó el propio economista— por la cual se trataba de exprimir la crisis “hasta que lo políticamente imposible se vuelva políticamente inevitable”. Sin dudas, un giro siniestro al lema del mayo francés “seamos realistas, pidamos lo imposible”. Muchxs teóricxs han ubicado a la pos-pandemia del Covid-19 como parte de ese ejercicio político de doctrina del shock y rotundamente esto es así, sin embargo, también es cierto que la compulsión acelerada a la desregulación, privatización y degradación política ya estaba antes en marcha en muchos países, posiblemente como consecuencia de la mega crisis del 2008. La imposibilidad de resistir las ristas de embates cotidianos se transformó en una técnica de gobierno⁹ en lugares que, como escribe Masha Gessen (2020), las noticias “consiguen escandalizar sin sorprender”. Gessen describe el primer gobierno trumpista diciendo: “Cada uno de los sucesos de esa semana resultaba por sí sólo estremecedor [...] Juntos, solo eran más de lo mismo” (p. 16).

Esta nueva composición de normalidad, tan deseada después de una catástrofe, logró usar la política caótica del escándalo para debilitar la sensación de sorpresa y viabilizar dolorosos procesos de asimilación, en los que lo normal devino promesa y dispositivo de autoexclusión, autogobierno y autocuidado. Al seguir con las metáforas corporales que acompañan la política, el shock evocó el golpe en la boca del estómago. Un golpe asociado con los juegos de la infancia, que te dejaba tendida sin aire en el piso, deseando simplemente respirar, ex-

⁹ Técnica que en la Argentina del siglo XXI tuvo su vertiginoso comienzo en el gobierno de Mauricio Macri.

trañando esa acción fisiológica tan naturalizada, esperando que nada ocurriese en el mientras tanto de la recuperación y sin demasiadas fuerzas para el después. Sería muy difícil imaginar una convivencia con ese tipo de golpes que se suelen recordar por excepcionales, sería impensable. Y la imposibilidad de figurar hace que unx deje de deliberar, que se desconecte en el paso angustiante entre la afirmación “esto no puede estar pasando” y la corroboración de que “esto está pasando”.

Pero incluso los golpes más crueles han necesitado, por lo menos hasta ahora, un marco discursivo, en el que los medios de comunicación han sido un recurso invaluable. Para explicar el papel normalizador de éstos en el procesamiento del shock Gessen recurre, elocuentemente, a la descripción de una comida:

Los medios estaban haciendo su trabajo: aportar contexto, organizar información relevante, crear una narrativa, y todo ello tenía un efecto normalizador, simplemente porque ayudaba a los consumidores de medios a asimilar lo inasimilable. Era como si los demás invitados de la cena elegante hubieran seguido conversando *educadamente* e incluso le hubieran alcanzado un tenedor limpio al invitado trastornado para que no tuviera que comer el postre con el mismo cubierto con el que se había rascado el pie. (Gessen, 2020, p. 132)¹⁰

Lo que tragamos, lo que nos alimenta, también es en esta sociedad capitalista aquello que “consumimos”. Esa palabra tan proteica, diseñada para referir a un conjunto enorme de *inputs* culturales, culinarios, informativos, pasó a ser central en la diagramación del yo contemporáneo: atrincherado, desconfiado y prejuicioso. Una subjetividad que fantasea con un control meticuloso del contacto/contagio con otras perspectivas y otras realidades; que planta barreras sanitarias sobre lo que come, lee, escucha y mira; que se defiende permanentemente de la “toxicidad” ambiente, encarnada tanto por otros consumos, como por dosificaciones excesivas de información y vinculación.

Así, para quienes tienen las condiciones económicas y psíquicas convenientes, resurgieron las imágenes clásicas del cuerpo como trinchera, e incluso como santuario, que se abroquelaron a la búsqueda estoica de la desintoxicación y el justo medio, para que ningún consumo se extralimite convirtiéndose en veneno. En Argentina, esto ha llegado en algunos casos al paroxismo en tribus urbanas como la de los *bros* —que explican el exótico éxito edi-

¹⁰ Las cursivas son mías.

torial de Séneca¹¹— o los *runners* —con sus fiestas electrónicas abstemias, regadas de café descafeinado al mediodía—. Mientras que, para el inmenso pelotón que no puede o quiere someterse a semejante asepsia, lo que consumimos está atravesado por la misma sospecha en torno a su carácter “rancio” —de la información falsa, de la comida vencida, fumigada o inyectada, de la marchita autoridad de las instituciones— pero sin posibilidad alguna de tamizar la avalancha o dosificar la inasimilable exposición. Si tragar es una metáfora transversal a todas las clases sociales, ha sido siempre el pobrerrío quien ha dado rienda suelta al lenguaje del estómago. Rabelesianamente lxs pobres narran lo que se come y lo que produce la comida en los cuerpos, lxs ricxs cuentan cómo y cuándo se come y, especialmente, a qué sabe. El gusto, con su cadena de valoraciones, es un sentido conquistado narrativamente por el dinero. Y, sin embargo, pese a las enormes distancias de la experiencia de consumo, todxs procesamos fascismo, lo cotidianizamos y en algunos casos incluso lo integramos a nuestros deseos.

Marilena Chaui (Abdo Ferez, 2025) en su lectura de este polisémico texto de La Boétie, sostiene que ninguna de las explicaciones del filósofo respecto a la servidumbre voluntaria cuadra del todo, porque en realidad esa inclinación responde al deseo íntimo de los tiranizados de someter a otrxs. En otras palabras, consentimos tragar porque ya nos comportamos como tiranos que desean que otros traguen. Sin despreciar esta potente lectura que relativiza la subrayada bonhomía del filósofo y pone el acento en su preocupación por el deseo, en este caso el punitivo, no me apuraría a descartar los intentos previos de La Boétie. Ni tan tiranos ni tan borregos, es posible que esas aproximaciones parciales estén más orientadas a dar cuenta de las prácticas que viabilizan entre nosotrxs los actos de adaptación a situaciones de opresión extrema que a inteligir algo tan esquivo como la naturaleza humana. En esa adaptación lo que olvidamos, lo que aprendemos, lo que masticamos, tragamos y cómo lo hacemos, registra los tironeos entre el sometimiento, el deseo de pervivir casi a cualquier costo y la experiencia diferencial del sufrimiento. Entre estos tres estados el acostumbamiento se actualiza como mecanismo de poder, pero también se fisura. Después de tragar seguimos procesando y, como diría Elizabeth Wilson (2021), el intestino también es

¹¹ Analizadas por Alejandro Milotich (2025) en “Primero yo. Notas para pensar la deconstrucción del individualismo”.

un órgano mental, no sólo porque es sensible a la intoxicación y a las heladeras vacías — latiguillo cansado del progresismo—, sino porque “rumia, delibera y actúa” (p. 21). Nuestra soportabilidad, que hoy pareciera tan laxa y pegajosa, tiene por suerte, conmociones que exceden la épica de libertad y fraternidad; reacciones espasmódicas que se descalzan de la esperanza institucionalista; vómitos negros que descolocan los discursos sacrificiales y que nos recuerdan que tragar es, cada vez, sólo el inicio.

III. Oídos que parpadean

Cuando el fantasma del rey Hamlet decía que el veneno había entrado por el oído infectando su cuerpo y el de toda Dinamarca o cuando el iracundo Coriolano gritaba contra el tribuno de la plebe “¿Oís su despótico ‘queremos?’”¹², Shakespeare tenía muchos elementos de desestabilización política en mente pero, entre ellos no estaba el efecto aturridor de los discursos antipolíticos que son nuestro paisaje sonoro actual. Lo que podía infectamente ingresar por el oído era una mentira, una calumnia, una verdad insidiosa o una idea pestífera, pero en cualquier caso, recubría un sentido de la acción, elucubraba un plan y se daba al contingente juego político que despunta entre lo sabido y lo ignorado, lo decible y lo innombrable, lo oculto y lo aparente. Para que esa maquinaria especulativa se pusiera en marcha, llevando el rumor a conjuras palaciegas, revueltas populares o guerras intestinas, debía haber un lenguaje común capaz de activar afectos colectivos. Porque el beleño y el resentimiento de clase no es lo único que entra por el oído, también lo hacen las razones públicas y los ecos de quienes reclaman una voz.

La escucha, intermitente y tensada por malentendidos, desacuerdos, incomprensiones y otros ruidos, es la que instituye cualquier acción en común para la cual antes “paramos” o “ponemos” la oreja. Siempre hay ruido, pero el lenguaje político no puede ser percibido como mayoritariamente ruidoso y desprovisto de persuasión retórica, sin que esto provoque el colapso del común. Si en el apartado anterior rescatábamos el papel central de los medios en la normalización de afirmaciones antidemocráticas en la era Trump —racistas, sexistas, bélicas, capacitistas y un largo etcétera—, también es preciso decir, que ese trabajo

¹² Escena analizada por Eduardo Rinesi en *¡Qué cosa, la cosa pública! Apuntes shakespearianos para una república popular* (2021).

cotidiano tiene la peculiaridad de ser cada vez menos necesario, dado su ruinoso efecto acumulado: la destrucción del lenguaje¹³.

En este artículo, intentamos analizar las metáforas que la política amalgama a los cuerpos, al hacerlo sostenemos que el lenguaje es un organismo vivo y que como tal, puede agonizar, perecer, renacer, reproducirse, enfermarse. Si bien hay transformaciones sonoras y auditivas en el entorno político que están configuradas por las particularidades de nuestro tiempo, hay otras que —como adelantamos en la introducción— mantienen preocupantes aires de familia con procesos autoritarios pasados. Sin intención de trazar una analogía directa es, sin embargo, útil identificar ciertas reminiscencias, en parte, para evidenciar la poca originalidad de un *modus* autoritario que a veces es tenido por excéntrico y, en parte, para recordar la extraordinaria capacidad de regeneración del lenguaje político.

Como parte del crecimiento de estudios sobre el fascismo en los veinte y los treinta del siglo pasado, se reimprimieron las traducciones de *LTI. La lengua del Tercer Reich* y los diarios de Victor Klemperer (2022, 2025). Textos donde el autor documentó un proceso cotidiano de destrucción del lenguaje del que él mismo era un engranaje, porque —como escribió angustiado—: “El lenguaje no sólo crea y piensa por mí, sino que guía a la vez mis emociones, dirige mi personalidad psíquica, tanto más cuanto mayores son su naturalidad y la inconsciencia con que me entrego a él” (Klemperer, 2025, p. 31). A lo que involuntariamente se estaba “entregando”, era a la erosión de su lengua que identificaba con los siguientes elementos. Uno, el ingreso del lenguaje del evangelio en la política, su mesianismo, su heroicidad y su deseo de trascendencia. Dos, la proliferación de palabras mutiladas en abreviaturas y siglas que brindan bajo su cifra “protección hacia afuera y [son un] factor de cohesión hacia adentro” (p. 140). Tres, el desgaste del superlativo en el que todo es histórico e inédito y que se abre una hipérbole destructora de sentido, dado que “la exageración continua implica en todas partes, forzosamente, intensificar la exageración, y la consecuencia necesaria es el embotamiento, el escepticismo y la incredulidad definitiva” (Klemperer, 2025, p.321). Cuatro, la proliferación de eufemismos, que rastrea en los obituarios, en el uso cotidiano de expresiones que eluden el asesinato y en los discursos oficiales sobre el éxito. Cinco, el abu-

¹³ Gessen (2020) argumenta que, una de las fuentes del desatino de los análisis políticos, es que utilizamos palabras incorrectas para describir estos regímenes de extrema derecha. Para graficar esto, no sólo se dedica a problematizar el mote de “democráticos”, sino también las formas en las que seguimos pensando problemas como la corrupción o el juramento en falso, ante un funcionariado que defiende explícitamente tanto su prerrogativa a enriquecerse por su puesto de trabajo, como a establecer su propia versión de lo real a contrapelo de cualquier prueba.

so de cifras y datos cuantificables que nunca serán sometidos a escrutinio. Seis, el pasaje de la ironía al sarcasmo, a través de los entrecomillados que “ponen en duda la verdad de lo citado” y que en el discurso hablado “tiñen la voz en un tono de burla” (p. 112). Siete, el procedimiento que vincula automáticamente una palabra a un insulto. Ocho, la reivindicación del “fanatismo” como valor, allí donde la pasión queda pequeña como afecto demostrativo y donde la desesperación es la voz de la convicción. Respecto a esto último Klemperer nota una diferencia entre la oratoria de Mussolini y Hitler que

fuera solemne, fuera sarcástico —las dos tonalidades que le gustaba alterar— siempre hablaba o, más bien, gritaba de manera espasmódica [...] Incluso en el momento del triunfo se mostraba inseguro, acallaba a gritos a los adversarios y sus ideas. Nunca hubo serenidad, nunca hubo musicalidad en su voz, en el ritmo de sus frases, siempre solo burdos latigazos dirigidos contra otros y contra sí mismo. Su evolución, sobre todo en los años de guerra, transcurrió del agitador al acosado, desde las invectivas espasmódicas, pasando por la ira y la ira impotente, a la desesperación. (Klemperer, 2025, pp. 84-85)

Es bastante sencillo encontrar versiones de estos ocho elementos de erosión del lenguaje en políticos, panelistas, *trolls* e *influencers* del mileísmo y otros gobiernos de extrema derecha. Así se escucha la lengua pública de este gobierno, aunque no tenga las mismas atroces consecuencias. Estas modulaciones afectan lo que podemos percibir como acontecimiento, porque este proceso cotidiano de mutación radical del lenguaje altera la relación misma entre lo instituido y lo instituyente¹⁴. Además, se consolidan entornos donde la grafía agoniza y donde el privilegio de lo oral lejos de recoger otras voces y registros ofrece una apabullante saturación de estímulos: gritos, rugidos, carrasperas, voces guturales, ruidos de licuadoras y motosierra. Si “la LTI no distinguía entre lenguaje hablado y escrito [...] todo en ella era discurso, todo en ella debía ser apelación, arenga, incitación” (Klemperer, 2025, p. 41), en las intervenciones políticas nacionales esa indistinción somete el lenguaje escrito a las reglas de una oralidad agresiva que confluye en comunicaciones oficiales, plagadas de sarcasmo y errores de redacción, e instala una temporalidad de intercambio acelerada, donde los silencios son un peligro a evitar, una muestra de vulnerabilidad.

¹⁴ A esa alteración perceptual Klemperer la analizó mediante el dicho de las “gafas judías”. En principio las gafas eran incrédulas —“¡No es tan grave!” — o escépticas. Luego las gafas cambiaron, todo optimismo fue connotado en “las viejas gafas judías”, las nuevas eran una coraza de acostumbramiento y pesimismo que impidió creer en la derrota del nazismo cuando sucedió.

En esta tónica, la comunicación política de las extremas derechas se configura a través de la racionalidad de los *trolls*, que liga provocación, enfrentamiento y escarnio. El *troll* recupera una idea de fraternidad lúdica y bullinera, que traza un nervioso e inestable adentro/afuera, donde nadie, ni siquiera el *troll* está seguro.

El *troll* es aquel que está consciente en *privado* de que está jugando, pero el éxito depende de que el otro lo tome en serio. No hay reciprocidad: no juega con, sino a costa del otro, para su diversión y la de un público capaz de comprender y apreciar el espectáculo [...] Así, mientras la audiencia “interna” reconoce al orador como “uno de los suyos” y entiende el mensaje como serio, pero su vehiculación como una gran broma a costa de los *normas*, el agitador de extrema derecha está probando los límites del público “externo”, sin nunca dejar de tener una vía de escape. (Nunes, 2024, pp. 85-86)

Como el *troll* opera bajo un doble estándar permanente, esa vía de escape será activada en caso de ser necesaria mediante la apelación a una incomprensión de la broma, a los límites tiránicos impuestos a la libertad de expresión o a un ser genuino (Macon, 2025) y, por ende, políticamente incorrecto. Esto no evita que quede expuesto y deba ser sacrificado en el altar de las manzanas podridas. La comunicación política de los tiranuelos del gobierno oscila entre una distensión cínica y una tensión nerviosa máxima. La risa se transforma en un juego de suma cero: para que alguien la tenga otro la debe perder. Klemperer (2025) recuerda que

uno de los tópicos del Fürher repetidos y parafraseados con extrema frecuencia es su amenaza de que ya se les pasará la risa a los judíos, que luego se convierte en la afirmación repetida con la misma asiduidad de que, en efecto, se les ha pasado. (p. 258)

A su vez, el humor organiza un manto de impunidad sobre la escena de burla. Gabriel Giorgi (2025) escribe al respecto: “*El humor declara irreal el dolor del otro*: una política del chiste para que el sacrificio que se reclama —económico, social, pero también físico y existencial— no tenga huella ética” (p. 68).

El desmembramiento de la lengua en estos modos de la oralidad provoca la saturación y el repliegue ante “lo inescuchable”. Como señaló Lucrecia Martel, a diferencia de los ojos, “No se pueden cerrar los oídos. Hay formas de anularlos, pero no es lo mismo” (2025, p. 31). Dentro de esas formas de anulación auditiva, que permiten sortear el hecho de que “los oí-

dos no tienen párpados”, está el acostumbramiento que vuelve invisible los sonidos constantes y la distracción, que reorienta la atención y la escucha. Frente al binomio audible/inaudible, el de escuchable/inescuchable ostenta un carácter volitivo y moral, por lo que parece que descartamos aquello que decidimos como inescuchable, eso a lo que no le prestamos del todo atención, que no reconocemos como discurso válido. Sin embargo, esto es una ficción por dos motivos. Porque incluso en esa reorientación, el ruido de fondo y sus formatos discursivos se incorporan como un paisaje acústico que modula la interacción pública. Y porque la ficción de nuestro control sobre lo que escuchamos y lo que no, es tan sesgada como la presunta naturalidad de lo audible y lo inaudible —como sabemos por el largo debate teórico político sobre *phōné* y *logos*—. Por más que aseguremos que “a palabras necias, oídos sordos” y que hay cosas que “entran por un oído y salen por otro”, nuestra permeabilidad es bastante sensible a lo que escuchamos —queramos o no— y a lo que la “arquitectura acústica social” (LaBelle, 2023) nos amplifica.

Actualmente, eso que nombramos como lo inescuchable tiene distintas capas que unen: el amontonamiento de palabras sin demasiada conexión a la contradicción como estrategia discursiva (Gessen, 2020; Brown, 2020; Butler, 2024) que “astilla la lengua pública”¹⁵ (Giorgi, 2025); los altos decibeles de los *streamers* insultando durante horas en sus sillas *gamers* a los chillidos de panelistas que defienden sus personajes; las risas socarronas con las que terminan sus frases lxs funcionarixs con los cuerpos muteados para los debates públicos de sus militantes. En este contexto, se diseñan nuevas fronteras auditivas, sorderas programadas —que inician selectivas y luego se expanden como modos de estar en el mundo—, afianzadas como verdaderas murallas individuales por los distintos dispositivos de comunicación que delinean nuestra cotidianeidad, entre el *bait* y la voraz economía de la atención.

Así como las metáforas de escucha democrática iban del heroico “romper el silencio” a la disposición abierta de “poner el oído” al testimonio, la calle y la plaza, esta cerrazón auditiva actual hizo del “no te voy a escuchar” un escudo argumental e incluso una prerrogativa de auto-cuidado. Por supuesto que esta obturación no ocurrió de la noche a la mañana, sino que tuvo muchas paradas intermedias en elementos tan disímiles como el *mansplaining*

¹⁵ Giorgi usa el verbo “astillar” para nombrar una estrategia persistente de ruptura de la lengua pública, que tiende a vaciar su potencia y minusvalorar sus logros frente a los actos de poder explícito. Dicho verbo ha sido también utilizado por Juan Marco Vaggione (2022), para analizar el astillaje jurídico de las derechas a las leyes vinculadas a la ESI, la IVE, la identidad sexual y contra la discriminación.

progresista que cerraba sus frases con el lacónico gesto de manos del “¿entendés?”, las cloacas desatadas por las políticas del odio (Giorgi y Kiffer, 2020), el socavamiento de los regímenes de verdad por el abuso rutinario de la mentira pública, la aceleración de los mensajes de voz gracias a la función que *WhatsApp* desarrolló en la pandemia —que barrió la cadencia y autorizó la impaciencia—, la fobia a las llamadas telefónicas en dispositivos que pese a su nombre ya no están para hablar, entre tantos otros elementos.

Hay, por suerte, algunas apuestas políticas interesantes frente al apocalíptico ruido sordo que buscan instigar una justicia auditiva (LaBelle, 2023) que no sea el revés liberal de la expansiva libertad de expresión. Una de ellas es la que traza Giorgi en *Parar la oreja. Notas para una política de la escucha* (2025) que inicia así

¿Qué pasa si hacemos de la pregunta por lo audible y lo inaudible —por lo que una sociedad puede, quiere, tolera escuchar, y lo que empuja a lo inaudible— una especie de método para entender los modos en los que trabaja la lengua pública? [...] En la Argentina, con el ascenso de la ultraderecha, “justicia social”, “soberanía” y “derechos humanos” parecieron volverse palabras malditas o risibles; los tonos de la lengua política se trabajaron como un *continuum* entre la crueldad y el chiste: el *aturdimiento* se quiso imponer como modo de gestión —negativa, podríamos decir— de la conversación pública. La pregunta por lo que se puede tolerar y por lo intolerable en la escucha emerge con nueva fuerza. Y, con ello, la de la *atención* y la *distracción* como campo de batalla político y subjetivo del presente.

(pp. 7-8)

Mediante un registro auditivo cotidiano de escenas públicas que han cambiado el paisaje sonoro nacional de estos últimos años —desde los shows presidenciales al sonido de los concurrecidos *containers* de basura, pasando por las charlas de Uber y los megáfonos de los carros hidrantes—, Giorgi se desliza de la clásica pregunta política por lo decible y su imperativo de la expresión a la pregunta por lo audible y su carácter social. Se trata de la vuelta a un acto, que ha sido culturalmente revestido como pasivo y que tiene como potencia intrínseca la desposesión de quien escucha, dado que lo oído no le pertenece exactamente a nadie y no reifica una identidad tan clara como lo dicho o lo escrito. Giorgi explica que “el sujeto de escucha no es autobiográfico. Es un anfitrión involuntario” (p. 123) y que, para colmo, “nace a la distracción” (p. 145). Con esta última afirmación, contrarresta la centralidad que se le da a la atención como centro de la escucha. Para ella, si sólo escucháramos cuando estamos en

guardia tendríamos un recorte bastante pequeño y desangelado del mundo, en cambio nuestro campo auditivo se construye *entre* la atención y la distracción que atraviesa los más diversos estímulos externos e internos. En las derivas de ese *entre* quien escucha “pesca” ideas, aspectos e impresiones y los convierte en líneas reflexivas y argumentos. Esa hermosa metáfora auditiva de lxs pescadorxs que encuentran tesoros efímeros en transportes públicos, pasillos, reuniones o en restos y ruinas, es cara a las corrientes iconoclastas de la tradición republicana, que se mueven por el humor y el rumor, que saben que en la turbia lengua siempre-aún arden brasas vivas.

Didi-Huberman retoma la imagen del pescador de perlas y, en sintonía con ese “parar la oreja” que Giorgi percibe como un hecho político capaz de convocar la memoria auditiva a la imaginación pública, escribe:

si marchamos por un paisaje de detritos o de cenizas, hay que *excavar en la ceniza* para traer a la superficie los pequeños fragmentos de brasa que la catástrofe no ha extinguido por completo. Esto se llama una búsqueda del tiempo perdido (y no, estrictamente, una búsqueda del tiempo pasado). Eso se llama *convocar a la imaginación*: cómo soplar sobre algunas simples brasas para devolver al tiempo presente, a los gestos, a las formas, a las lenguas, su fundamental deseo de desobedecer. (Didi-Huberman, 2020, p. 433)

Escuchar puede ser un acto creativo, un modo de desobedecer y también de sobrevivir. Klemperer dice en sus diarios que escuchar le salvó la vida y podemos imaginar cómo ese registro clandestino de lo oído y lo leído durante el día, que fue traficando en papelitos arrollados en los lomos de sus libros, sirvió para encontrar sentidos ante la transformación violenta de lo decible, lo escuchable, lo visible y sus contrarios. Klemperer anotaba que, como parte de las invenciones de la lengua del Tercer Reich, habían aparecido las palabras “liejizar” y “conventrizar” —herederas de las decimonónicas expresiones “septembrizar” y “dECEmbrizar”— para nombrar con imágenes del exterminio¹⁶ la promesa de las futuras devastaciones. ¿Qué neologismos nombrarán la actual ruina de las palabras? ¿Cómo sonará en nuestra memoria esta destrucción? ¿Sonará como los megáfonos de la estación de Constitución que en marzo de 2025 con voz orwelliana repetían “Protesta no es violencia”, “La poli-

¹⁶ “Septembrizar” alude a la matanza de septiembre de 1792 en la Revolución Francesa y “Decembrizar” a la del 2 de diciembre de 1851 tras el golpe de Estado de Napoleón III. “Liejizar” alude a la masacre en el marco de la invasión alemana a la ciudad belga de Lieja en 1914, mientras que “Coventrizar” viene del bombardeo masivo de los alemanes a la ciudad inglesa de Coventry en 1940.

cía va a reprimir todo atentado contra la república”, “El que corta no cobra”? ¿O como el grito de guerra que salía de los carros hidrantes en la represión de ese mismo mes “¡vengan, zurdos!”?

Como se dijo en el primer apartado, la colonización de lo impensable como espacio sin nuestro de negación —si no lo puedo pensar no existe—, escepticismo —no es probable que hagan lo que dicen que van a hacer— y aislamiento es fundamental en la destrucción de la imaginación colectiva por el realismo político de derecha. Por ello, la mutación de la metáfora del veneno por la bastante literal imagen del aturdimiento, capta tanto el deseo de destrucción, como la apuesta neoliberal al repliegue privado de quien puede “no prestar oídos”. Pero qué ocurriría si, como nos sugiere Giorgi, barajamos de nuevo y hacemos del sujeto de escucha el centro de nuestra imaginación democrática, desplazando al intenso sujeto de la libre expresión. Quizás en un marco en el que las nociones de lo pensable y lo decible, otrora móviles de horizontes de posibilidad, devienen barreras sanitarias, sirva escarbar en percepciones corpóreas devaluadas que disponen la acción colectiva.

IV. El tacto visual y los ojos *escrolleadores*

“Queremos que toques a cualquiera con los ojos, mientras observas a aquellos de quienes tienen motivos para sospechar” (Maquiavelo, 2005).

El pensamiento republicano ha pasado a través de los siglos construyendo metáforas visuales, organizando alegorías y símbolos, definiendo elementos y espacios representativos, eligiendo cuerpos, fechas, vestimentas, gestos y objetos que capten el deseo de trascendencia de sus ideas políticas nutricias. En paralelo, hemos visto hasta aquí que el uso de lenguaje metafórico excede con creces esas pretensiones políticas y se integra cotidianamente a las vidas de las personas, con sus pasiones, angustias, fantasías y necesidades a cuestas. Así, durante siglos, se ha reconstruido esa danza de la perspectiva entre lo bajo y lo alto, lo lejano y lo cercano, que organiza el extrañamiento de la mirada como condición de posibilidad para el pensamiento crítico. No revisaremos aquí la avalancha de metáforas visuales que inundan nuestro lenguaje cotidiano, baste simplemente decir que en su gran mayoría estas tienden a afirmar que es la vista la encargada de espabilarnos — “abrir los ojos”; “ojos que no ven corazón que no siente”; “ver para creer” — y que, a diferencia de lo que ocurre con las capacitistas metáforas de la sordera, la ceguera voluntaria es una refrenda de la confianza —“seguir a ciegas” — e incluso de la imparcialidad de la justicia. Somos herederxs de esa

ficción política que sigue funcionando como supuesto de muchas de nuestras expectativas de transformación y activación pública, aunque ésta se demuestre cada vez más fantástica¹⁷.

Maquiavelo seguía con suspicacia esta idea, como sabemos por los consejos en torno al modo del aparecer del príncipe, por la preocupación permanente por los ojos de los soldados —que debían cuidarse del polvo y de la pólvora, para permanecer con los “ojos vivos y animados” (Maquiavelo, 2011, p. 116) que tienen las mejores milicias— y por aquello que debían ver y lo que no los ejércitos en cada ocasión. A su vez, dentro de la preeminencia que se le ha dado a la vista en el juicio certero, Maquiavelo parece creer que el diablo está en los detalles, en eso que no se puede tapar del todo de un escudriñamiento detenido —“cuando el pueblo se equivoca juzgando en conjunto, se le puede abrir los ojos buscando el modo de que descienda a los detalles” (p. 374)— y que quizás un sentido tan denostado como el tacto pudiese delatar —“pues los hombres, en general, juzgan más con los ojos que con las manos, pues ver es de todos, mientras que tocar es de pocos. Todos ven lo que parecen, pocos tocan lo que eres” (p. 60)—. En Maquiavelo el tacto complementa la vista (Landi, 2022): el florentino insiste en que preciso que sus emisarios toquen con los ojos —como dice en la carta que hace de epígrafe a este apartado— así como también será necesario “tocar los ojos de todos” —aconseja en otra carta (Landi, 2022, p. 77)— como las personas ciegas leen los rostros. La amalgama tacto/vista tiene una capacidad reveladora, tanto para verificar y convertir opiniones en datos, como para la tarea política de describir las “impresiones” —esta es la palabra táctil que se repite en sus informes y cartas— de lo dicho, lo visto y lo imaginado —ese plano espectral que abre una brecha en los ojos que tocan—.

Así, Maquiavelo incursiona en la diferencia entre ver y mirar, analizada después por Susan Sontag (2012), John Berger (2013) y Jacques Rancière (2008) entre tantos otrxs. Una distinción que ha sido complementada por teorizaciones sobre la transformación radical de los modos de mirar, aparecer y producir imágenes que supuso tanto el uso cotidiano de redes sociales como la popularización de la IA¹⁸. Ver posiblemente nunca fue un acto suficiente para revelar o movilizar la indignación, pero la nueva organización visual de la voluntad de poder, con su tono obscuro, conspira contra esa sinergia tacto/vista que promovía Maquia-

¹⁷ Se trata de una fantasía que hizo que algunos republicanos se obsesionaran con la transparencia**, y** que tiene como correlato actual el hecho de que buena parte del republicanismo conservador elija la lucha contra la corrupción como bandera aglutinadora.

¹⁸ Así como la indiferencia, la adicción y el cansancio que estas tecnologías han traído en el consumo de información a modo de noticias —muchas de ellas falsas— y entretenimiento en formas de imágenes retocadas o directamente diseñadas por IA.

velo y contra la descripción intensa que suma capas de impresión —sonoras, olfativas, imaginarias y orales— a las imágenes.

En su lugar, el *scrolleo* infinito produce la paradoja del tacto como medio de irritación visual y agotamiento mental. Si en esas micro-metáforas diarias, que nos importan como sismógrafo de los procesos de acostumbramiento, el “girar la cara” o “mirar para otro lado” eran hace unos años el registro de la indiferencia, estos nuevos modos de ver han desarrollado una apatía más eficiente, al conseguir sostener la vista en una cadena de estímulos que pega recetas de cocina con masacres. Escenas que los algoritmos transforman en montaje bajo la máxima “yo soy esto que veo y que me ve”, palabras que su autor, el poeta Uxío Novoneyra (2010, p. 23), nunca habría imaginado aplicadas a esta síntesis desarticulada entre ser y paisaje. El automatismo del *scrolleo*, diseñado en base a la información que nosotrxs le damos, desintegra el juego especulativo y reduce al mínimo la imprevisibilidad de lo que miramos, achicando las barreras entre lo que deseamos o lo que necesitamos ver y lo que el dispositivo nos muestra. Para decirlo en otras palabras, el pacto de lectura que siempre les preocupó tanto a lxs escritorxs y que, como pacto de atención, fue el desvelo de productorex y directorxs, no forma parte de la dinámica de poder organizada por el *scrolleo*: allí no hay pacto ni sorpresa, el vínculo se entrecorta sólo por el cansancio o, a veces, la interrupción exterior. ¿Cómo ese ver mediado por lo que “nos gusta” libera dopamina, ese ver sintiendo culpa por el tiempo perdido, organiza además de nuestro escaso tiempo libre nuestra atención política? ¿Cómo estos modos organizan políticas de la mirada? y, con inminencia, ¿Cómo se interrumpen sus inercias?

En un intento de separar la paja del trigo y responder las dos últimas preguntas, la teórica de los estudios visuales, Mieke Bal (2016), sostiene de forma contraintuitiva que en la red no estamos frente a un “evento visual” o a una cultura visual. Bal escribe que “la esencia de internet no es visual en absoluto. A pesar de que da acceso a cantidades prácticamente ilimitada de imágenes” (p. 33), porque esas imágenes que compulsivamente vemos no tienen una existencia duradera que permita que haya acto visual, en tanto evento sinérgico —que involucre a más de un sentido— y performativo —que haga algo—. Pero que no haya eventos visuales en internet no quiere decir que no los haya fuera o a través de ella. Hubo en la política argentina reciente al menos tres acontecimientos visuales que, a contrapelo de la lógica del *scrolling* y del uso ilustrativo de las imágenes, organizaron escenas de lo común atravesadas por el acto de mirar.

El primer acontecimiento visual se organizó luego de que un disparo a quemarropa de gas lacrimógeno, efectuado por el cabo Guerrero en la marcha de jubiladxs el 12 de marzo de 2025, llevará al fotoperiodista Pablo Grillo al borde de la muerte. Además del disparo en la cabeza a Grillo, Jonathan Navarro perdió la vista en el ritual represivo que parece emular el accionar de la policía chilena, apuntando a los ojos y cegando con gases —no solo el *scro-lleo* irrita los ojos—. El ataque dejó como saldo 114 detenidos ilegales, una de las fotos más icónicas del fotoperiodismo contemporáneo —la última foto que disparó la cámara de Grillo registró la voladura que hace el proyectil que lo hiere, al chocar con un arco de madera dispuesto como barricada— y dio lugar a la organización de una comunidad de personas que aportaron sus imágenes para reconstruir segundo a segundo esa escena, hasta descubrir quién había sido el perpetrador (Gamarnik, 2025). La reconstrucción, que organizó *Mapa de la policía*¹⁹ con fotos de reporteros de distintos medios y la ayuda de un físico del Balseiro que estableció las trayectorias de los disparos, es una acción colectiva contra las mentiras de Patricia Bullrich, Clarín y la Nación+. Contra la impunidad policial y la brutalidad que permite el anonimato a esa fratría de “ojos de eléctrico ardor”. Cuán interesante puede ser para el pensamiento republicano la contraposición entre esa fraternidad virilizada y la solidaridad de quienes se dieron a la tarea de reconstruir de fragmentos, entre esa mirada de caza y la mirada que amplía un cuadro, que lo pone en contacto con otros que provienen de trabajadxs de medios de distintos colores políticos, y logra rehacer toda una secuencia ¿Qué otras cosas se están rearmando en ese mirar suspicaz, detenido y sin automatismos? ¿Qué le pasa al borde de lo tolerable en ese tráfico de imágenes? ¿Cómo se percibe en esa búsqueda la potencia de lo no visto en lo visto?

El segundo acontecimiento visual se dio al calor de otra escena ocurrida en la misma represión contra lxs jubiladxs²⁰: una anciana indignada levanta su bastón contra policías armados en fila, uno de ellos la empuja y se esconde entre las hileras de sus compañeros, ella cae contra el cordón, se abre la cabeza, la sangre tiñe las canas, algunxs la auxilian, otrxs responden a la violencia, una mujer huye, un hombre sigue grabando con su celular. Una

¹⁹ <https://mapadelapolicia.com/> Mapa de la Policía es una ONG que se presenta como “una herramienta moderna de construcción de ciudadanía, orientada a la promoción de derechos humanos de las personas que habitan o visitan la Ciudad de Buenos Aires”. En su web se pueden encontrar informes, reportes e investigaciones sobre la violencia policial, así como guías para saber cómo actuar ante conflictos con la fuerza.

²⁰ Recordemos que esta concentración fue masiva después de que un policía atacara a un jubilado con la camiseta de Chacarita la semana anterior (el 26 de febrero), haciendo que los hinchas de distintos clubes se sumaran a la siguiente marcha.

cámara lo registra todo, los medios suben el video en *loop*. Al calor de la bronca, un grupo de treinta autorxs arman un libro colectivo, tiene la forma y el nombre de Cascote. En sus páginas pares los fotogramas del video rearman la caída de la jubilada o, en realidad, su puesta en pie —por el efecto de rebobinado con el que están dispuestas las imágenes la mujer se levanta—, en sus páginas impares textos que integran autorías se niegan a acostumbrarse:

Una imagen sobre otra, ahora en papel, crecen en volumen, se convierten en un pequeño objeto contundente. Un cascote que comprime nuestra rabia y nuestra potencia. (también un libro puede ser un instrumento de defensa). Libro-librito-librote-cascote. Un cascote es, por definición, un fragmento de alguna construcción derribada y, también, un conjunto de escombros, usados para otras obras nuevas. Construir con los restos, será la tarea que, una vez más, tenemos entre las manos. (AAVV, 2025, p. 7)

El tercer acontecimiento visual es masivo y no busca la justicia, ni es exactamente artístico, pero produce una democratización del conocimiento y la belleza. A fines de febrero de 2025 el CONICET inicia la transmisión en vivo —por YouTube y Twitch— de una expedición marítima al Cañón Mar del Plata, que tendrá más de 17 millones de visualizaciones y permitirá el registro de cuarenta especies nuevas. Durante 21 días mantendrá a la población expectante, embelesada por las descripciones de lxs científicxs y convidada a ser parte del asombro del descubrimiento. La expedición se mueve lenta, pueden pasar horas sin ver mucho más que la oscuridad oceánica y sin embargo, la atención y el interés se sostienen. La voz de algunxs de lxs científicxs, que describen lo visto acompañando el vivo, generará grupos de seguidores de biólogxs como Nadia “Coralina” Cerino, cuyas narraciones registrarán los picos de conexiones. Los descubrimientos son festejados, retomados por la cultura popular, convertidos en *merchandising*, en memes y también en íconos de la resistencia de la ciencia nacional ante el desguace del sistema científico por el gobierno. Es posible que el vivo del CONICET haya hecho más por la habilitación de otra política de la mirada que muchos medios gráficos. De hecho, el biólogo que dirigió la expedición, Daniel Lauretta, remarcó que “además de los desafíos técnicos para llegar, grabar y tomar muestras, hay otro desafío más grande todavía: entender lo que vemos. A veces encontramos organismos que nadie había visto antes, o interacciones que no sabemos cómo explicar” (CONICET, 2025). Es la insistencia en ese no entender, tan cristalizado como minusvaloración, la que modifica el estado atónito en que nos dejan esas escenas en las que no podemos creer lo que estamos viendo. Mirar no es un

automatismo, pero tampoco puede ser una cuestión de fe. Mirar es un trabajo político que requiere de nosotrxs, el abandono de los atajos y la delimitación de la visualización compulsi-va. El *streaming* del CONICET renovó el debate público sobre ¿puede la ciencia ser popular? ¿Cuáles son las pautas éticas con las que se toman las muestras de especies? ¿Cómo se da el financiamiento privado y cómo influye en la soberanía de los resultados de la investigación? ¿Qué efectos ha tenido la contaminación en nuestros mares? y, como preguntó un niño, ¿dónde se estudia para hacer eso?

Estos tres eventos visuales fueron, a su modo, acontecimientos políticos que lograron sortear el acostumbramiento de la vista y de los discursos del realismo posibilista, ese que se mece entre lo que seguro no ocurrirá —con sus modulaciones de, “al menos no acá” o “no ahora”— y lo que era supuestamente obvio que iba a pasar —una vez que ha ocurrido—. Esta forma de obturación temporal y sensorial de la sorpresa, extirpa la conmoción del cuerpo, dificulta la persistencia de ciertos acontecimientos en la memoria política y los entrega a la lógica sacrificial de *continuum*. Mientras que estos eventos visuales reanudaron la astucia de la mirada, esa que para Maquiavelo nos hacía detectar las trampas e intrigar, pero también mirar con los dedos y describir lo más nutriciamente posible, como condición necesaria para la ampliación de los mundos compartidos. El brillo de la mirada suspicaz e inteligente, cómplice e irónica, que mira sinérgicamente con dedos, olfato y oído, que se retrasa en las opacidades, puede ser aún donde encontremos el símbolo de ese esquivo común y sus posibilidades de imaginación.

V. ¿Morir en la literalidad?

El futuro es oscuro, que es lo mejor que el futuro puede ser, creo.
Virginia Woolf (2017, p. 38)

Las formas retóricas obviamente no tienen signo político, sin embargo, esto no ha impedido que Milei arme una cruzada personal contra los modos figurados de nombrar la crisis. Podemos recordar el discurso del cuatro de agosto de 2025 en el que advierte que no se cree Moisés porque “parece que en Argentina algunos se van a morir de literalidad” y minutos después niega que los jubilados “no lleguen a fin de mes” porque “si fuera cierto, ustedes deberían caminar por la calle y estaría lleno de cadáveres”. O, el intercambio en X de 2024 en el que un usuario le dice que no se aleje de la gente común y él responde “Lo intento sujeto a las restricciones que imponen los protocolos de la seguridad”. Ambos podrían ser ca-

sos de las bromas cínicas que mencionamos antes, quizás lo sean, pero además registran la erosión del lenguaje a la que estamos dando vuelta. La literalidad, como achatamiento de los sentidos posibles, le permite resolver una discusión política en un chiste cruel. Pero, por supuesto, que la literalidad ha sido y puede ser también una estrategia contestataria, por ejemplo, a través de la parodia. Nunes imagina así un modo de interrumpir la lógica de los *trolls*:

[...] si ya se hacen provocaciones anticipando las reacciones contrarias, pero dejarlas sin respuesta tampoco es una opción, ¿cómo reaccionar? Una posibilidad que se me ocurría entonces era una operación artística que consiste en tomar conscientemente el mecanismo de la *sobreidentificación* para, en lugar de antagonizar directamente algo, tomarlo más literalmente que sus defensores, llevándolo así a sus últimas consecuencias y exponiendo lo que tiene de obsceno, indeseable y abyecto. (p. 88)

¿No es acaso esto lo que hace Milei con las expresiones del sufrimiento colectivo, como “no hay plata”? En paralelo, como hemos visto, el mileísmo usa las metáforas que están en la lengua pública y que tienen historia en este país, como cuando en diciembre del 2025 anunció “abróchense los cinturones porque van a haber muchas más reformas”. En ambos casos lo que no se negocia, junto con el asfixiante equilibrio fiscal, es la lógica sacrificial del ajuste. Esto caracteriza al neoliberalismo punitivo y su política de austeridad que ha logrado internalizar “la sensación de que ‘merecemos’ sufrir por el crecimiento económico animado por el crédito” (Davies, 2016, p.139). En ese mismo texto documentaba William Davies:

Los límites a la austeridad los definen más eficazmente los activistas que luchan por los derechos de los discapacitados y los médicos en huelga, que han alcanzado un nivel de respaldo público que representa una verdadera preocupación para el gobierno. (p. 141)

El *loop* agobia.

En este artículo, repasamos metáforas del acostumbramiento y la resignación donde la boca se abre, el oído se cierra y los ojos se irritan, todas ellas emergen del sentido común y se incrustan en la lengua de tradiciones políticas. Algunas de ellas han sido desempolvadas e incluso reescritas a las necesidades de nuestros cuerpos contemporáneos. Estas metáforas han señalado formas de pulverización del mundo común y la cosa pública, dándonos imágenes individualizadas con y contra las que cotidianamente intentamos imaginar futuros colectivos posibles. A su vez, en cada caso, hemos intentado rescatar acciones que buscan contra-

rrestar ese entumecimiento del cuerpo político, como cuerpo privatizado torciendo sus sentidos. Allí están los vómitos negros que se niegan a tragar para transformarse en cascotes contra la represión y también las úlceras estomacales que registran la insoportabilidad compartida; las escuchas que reconfiguran la percepción de la intervención política, que empiezan por poner el oído en vez de “romper el silencio” o antes de “tomar la palabra”; las miradas que son capaces de tocar para, incluso antes de verificar, darse a la labor de describir y amplificar las escenas visuales, dotarlas de espesura y darles tiempo. La falta de originalidad no nos salvará, Gessen dirá que las instituciones tampoco... quizás el cuerpo y sus memorias desobedientes, esas que corren en las venas del lenguaje, puedan darnos un poco de esperanza.

Referencias bibliográficas

- Abdo Ferez, Cecilia (2025). *Libertad y cuerpo. Escapes de la libertad autoritaria presente*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Ahmed, Sara (2025). *Sujetos obstinados*. Buenos Aires: Bellaterra.
- A. A. V. V. (2025). *Cascote*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Báez.
- Bal, Mieke (2016). *Tiempos trastornados. Análisis, historias y política de la mirada*. Madrid: Akal.
- Berger, John. (2013). *Mirar*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Berlant, Lauren (2020). *El optimismo cruel*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Brown, Wendy (2020). *En las ruinas del neoliberalismo*. Buenos Aires: Tinta Limón y Traficante de Sueños.
- Brown, Wendy (2021). Frankenstein del neoliberalismo: libertad autoritaria en las “democracias” del siglo XXI. *Cuadernos de Filosofía Latinoamericana*, 42(124), pp. 1-12.
- Butler, Judith (2024). *¿Quién le teme al género?* Buenos Aires: Paidós.
- CONICET (2025). *Transmisión en vivo a 3.900 metros de profundidad*. <https://www.conicet.gov.ar/transmision-en-vivo-a-3-900-metros-de-profundidad-en-colaboracion-con-el-schmidt-ocean-institute-investigadores-del-conicet-realizan-la-expedicion-underwater-oases-of-mar-del-plata-canyon/>
- Davies, William (2016). Neoliberalismos. *New Left Review*, 101, 129–143.
- Didi-Huberman, Georges (2020). *Desear desobedecer. Lo que nos levanta, I*. Madrid: Abada.
- Domènech, Antoni (2013). La metáfora de la fraternidad republicano-democrática revolucionaria y su legado al socialismo contemporáneo. *Revista de Estudios Sociales*, (46), 14–23.
- Dufourmantelle, Anne (2022). *La mujer y el sacrificio. Desde Antígona hasta nosotras*. Buenos Aires: Nocturna.
- Exposto, Emiliano (2024). *La política de los sintomáticos*. Buenos Aires: Furia.
- Forti, Steven (2024). *Democracias en extinción: El espectro de las autocracias electorales*. Barcelona: Akal.
- Gamarnik, Cora (2025). *Modos de ver*. <https://lavaca.org/mu207/cora-gamarnik-modos-de-ver/>
- Gamerro, Carlos (1998). *Las islas*. Buenos Aires: Ediciones Simurg.
- Gessen, Masha (2020). *Sobrevivir a la autocracia*. Madrid: Turner.
- Giorgi, Gabriel (2025). *Parar la oreja. Notas para una política de la escucha*. Buenos Aires: Tenemos las máquinas.
- Giorgi, Gabriel y Kiffer, Ana (2020). *Las vueltas del odio*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Girard, René (2008). *O Sacrificio*. San Pablo: Realizações.
- Hall, Stuart (2018). *El largo camino de la renovación. Thatcherismo y la crisis de la izquierda*. Madrid: Lengua de trapo.
- Hunt, Lynn (2008). *Política, cultura y clase durante la revolución francesa*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Klein, Naomi (2008). *La doctrina del shock*. Buenos Aires: Paidós.

- Klemperer, Victor (2022). *Quiero dar testimonio hasta el final. Diarios 1933-1945*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Klemperer, Victor (2025). *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*. Barcelona: Editorial Minúscula.
- La Boétie, Etienne (1980). *Discurso de la servidumbre voluntaria*. Barcelona: Tusquets.
- LaBelle, Brandon (2023). *Justicia acústica. Escucha, performatividad y trabajo de reorientación*. Santiago de Chile: Metales Pesados.
- Landi, Sandro (2022). *La mirada de Maquiavelo. Un ensayo desde la historia intelectual*. Buenos Aires: Eudeba.
- Macón, Cecilia (comp) (2025). *Fervor y temblor. Las nuevas derechas radicales desde el giro afectivo*. Florencio Varela: UNAJ.
- Mapa de la Policía (2025). *Mapa de la Policía*. <https://mapadelapolicia.com/>
- Maquiavelo, Nicolás (2005). *Legazioni, commissarie, scritti di governo. Tomo III*. Salerno: Edición Nacional.
- Maquiavelo, Nicolás (2011). *El Príncipe. El arte de la guerra. Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Barcelona: Gredos.
- Martel, Lucrecia (2025). *Un destino común. Intervenciones públicas y conversaciones*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Milotich, Alejandro (2025). *Primero yo. Notas para pensar la deconstrucción del individualismo*. Ponencia presentada en II Jornadas de Política, Ética y Sociedad, mayo 2025, UNC.
- Morresi, Sergio (2023). Derechas políticas y democracia liberal: convivencia, compromiso y tensión. *Estudos Sociais*, (64), pp. 14–38.
- Novoneyra, Uxío (2010). *Os Eidos*. Madrid: Árdora.
- Nunes, Rodrigo (2024). *Bolsonarismo y extrema derecha. Una gramática de la desintegración*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Rancière, Jacques (2008). *El espectador emancipado*. Buenos Aires: Manantial.
- Real Academia Española (2026). *Tragar*. Diccionario de la Lengua Española, 23.^a ed. [versión 23.8.1 en línea]. <https://dle.rae.es/tragar>
- Rinesi, Eduardo (2021). *¡Qué cosa, la cosa pública! Apuntes shakespearianos para una república popular*. Buenos Aires: Ubu.
- Semán, Pablo (ed) (2023). *Está entre nosotros. ¿De dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?* Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sontag, Susan (2012). *Sobre la fotografía*. Buenos Aires: De Bolsillo.
- Vaggione, Juan Marco (2022). El entramado neoconservador en América Latina. La instrumentalización de la ideología de género en las democracias contemporáneas. *Las torres de Lucca*, 11(1), 51-64.
- Weitz, Eric (2019). *La Alemania de Weimar. Presagio y tragedia*. Madrid: Turner.
- Wilson, Elizabeth (2021). *Feminismo de las tripas*. La Plata: Club Hem.
- Woolf, Virginia (2017). *El diario de Virginia Woolf (1915-1919)*. Vol 1. Madrid: Tres Hermanas.